

Verónica Volkow*

¿De qué está hecha la realidad? La realidad, al volverse concepto, adquiere la imagen y semejanza de la imagen, se nos vuelve imagen en el momento en que empezamos a pensarla. Y si el espejismo calca la realidad, también, en ese momento, la realidad calca el espejismo. Como objeto de pensamiento, como concepto, la realidad es sólo una imagen, aunque pudiera caber todo dentro de ella; aunque pudiéramos volverla múltiple, volumétrica, infinita, minuciosa; aunque pudiera contenerse dentro de ella uno de esos infinitos mundos paralelos concebidos por Borges.

Pero aun en el jardín sin fronteras de aquella lámina china infinita fantaseada por Borges, que lo había inventariado todo en sus rincones, aun allí, algo extraño nos pasa. Al dar el primer paso la imagen nos cierra siempre su acceso. No la podemos atravesar, nunca avanzamos. Y no sabemos si es que esa realidad no existe o si somos nosotros los que no existimos para esa realidad. La imagen no está con nosotros. Se nos escapa inasible por todos lados. Sentimos a cada instante su agujero. Ese agujero que es una ausencia. ¿Ausencia de qué? ¿De realidad? O quizá de nosotros. Si, nosotros somos los ausentes en esa "realidad". El agujero somos nosotros.

* Poeta y ensayista. Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Es con la naturaleza de la imagen, en este agujero, con lo que nos hemos topado, de la imagen experimentada como realidad. La atmósfera podría ser aquella del corredor enloquecido del poema de Xavier Villaurrutia:

Correr hacia la estatua y encontrar sólo el grito,
querer tocar el grito y sólo hallar el eco,
querer asir el eco y encontrar sólo el muro
y correr hacia el muro y tocar un espejo.
Hallar en el espejo la estatua asesinada

No podemos hacer nada dentro de la imagen, es ella la que actúa sobre nosotros, sufrimos sus mutaciones, su alquimia, sus metamorfosis. No la podemos atravesar, ella es la que nos atraviesa a nosotros, cumpliendo con sus distintos rostros; se nos vuelve interior, un habitante interior, un mundo interno. Y nosotros nos vamos extendiendo, multiplicando, descomponiendo con ella.

Si se puede pensar a la poesía más como una aventura espiritual que como un objeto acabado, si todo verdadero poema implica una experiencia, la de la poesía de Villaurrutia sería ésta. Villaurrutia entró en la lámina china del jardín infinito fantaseado por Borges, entró en la imagen. Su recorrido no fue, sin embargo, la caminata ordenada por sus exhaustivos pasillos. El poeta entró saqueando el jardín maravilloso, buscando algo. Sin saber o sabiendo quizá, porqué no, que no estaba allí, que la búsqueda contenía una trampa. Entró buscándose a sí mismo o buscando la realidad. Entró persiguiendo, penetrando, desgarrando las imágenes, buscando desesperadamente una existencia, su existencia de imágenes.

¿De qué está hecha la realidad? Esa realidad que es sólo una imagen. Con esta pregunta Villaurrutia intentará fincar una poética, una poética que será para él una forma de construir una existencia, una existencia en la imagen, adentro de la imagen. La poesía de Villaurrutia buscará en sí misma una ontología, una ontología de la imagen, una imposible

ontología. Se instalará en el agujero. Vivirá como realidad esa “realidad” que ha perdido su realidad al convertirse en objeto de pensamiento, esa “realidad” que nos ha excluido, que ya no nos pertenece, en la que sólo somos ausencia. Villaurrutia se negará a aceptar esa ausencia, se irá a habitar esa ausencia, a costa de sí mismo, a costa de su cuerpo, a costa de su realidad. Se convertirá deliberadamente en fantasma, en estatua, para vivir el poema para darle realidad, para poder soñar y vivir al mismo tiempo.

La imagen es un extraño monstruo. Lo va deshaciendo todo al mismo tiempo que lo hace presente. Es un monstruo de lo inaprensible. Lo que creíamos un cuerpo se nos convierte en un eco, el eco en un muro, el muro en espejo y en el lugar del encuentro nos sorprende siempre como en los sueños una presencia inaprensible, un rostro inesperado, un algo —que no sé que es— que se pospone. La imagen se nos escapa. La imagen es y no es al mismo tiempo. Tiene una inquietante ontología. Y esta misma ambivalencia recorre la poesía de Villaurrutia. Todo está como al borde de desaparecerse, entrando a un ser que se vuelve un no ser en cualquier punto. El poema existe pero no existe. Existe muy frágilmente, existe al descubrirse. La imagen sólo vive un instante, detrás está su material fantasma, está su vacío —quizá por eso la poesía de Villaurrutia está siempre autodevorándose, autopersiguiéndose, huyendo de sí misma, saltando de una a otra identidad, antes de desaparecerse quizá, antes de caer al vacío.

Se siente la atmósfera del crimen. Se tiene la respiración detenida. Estamos en el tiempo estacionado, amplificado del suspenso, en el que todo pasa y nada pasa realmente. Sólo es la imagen lo que pasa. Sólo ocurre la imagen en el inmenso suspenso, en el tiempo suspenso: la imagen nos devora. Para vivir nos mata. En la sorpresa está el crimen. La realidad queda rota cual una hilera de naipes, del uno al otro hay un salto, una metamorfosis, un algo inesperado. Es un vertiginoso enfrentarnos con no sé qué, con una realidad otra, con una irrealidad propia, con nosotros mismos sin nosotros, con nuestro rostro vacío, con un espejo.

El final del enloquecido pasadizo en busca de la presencia será el espejo. Queriendo tocar la estatua, el poeta toca el espejo. El espejo es finalmente lo intocable, un espejismo del tacto, es la imagen extraída, robada de lo tangible, es la estatua asesinada. ¿Pero la estatua no está en sí misma ya asesinada? Y la estatua no es en sí misma ya un espejo, un espejo de la realidad. Del espejo se saca sólo el espejo. Cada encuentro es con lo intangible. Y el pasadizo enloquecido del poema sigue una serie consecutiva de espejos que van sacando de la imagen la imagen, deshaciéndola progresivamente del cuerpo al grito, del grito al eco, del eco al muro, del muro al espejo. A cada paso lo irreal se va volviendo más irreal.

¿Para qué meter otra vez la estatua en el espejo? ¿Para qué otra vez asesinarla? ¿Para soñar sacarla quizá de ahí? Sacarla de la sangre de su sombra, irla resucitando, vistiendo, acariciando:

...como a una hermana imprevista
y jugar con las fichas de sus dedos
y contar a su oreja cien veces cien cien veces
hasta oírla decir: "estoy muerta de sueño".

El poeta intentará darle otra nueva vida a la estatua, una vida sonámbula, de estatua, ya que no de cuerpo. Pero la estatua sólo irá a renacer para dormirse, se morirá de sueño. Se duerme la estatua. Y me pregunto si no sueña y si su sueño no será aquel del principio del poema:

Soñar, soñar la noche, la calle, la escalera
y el grito de la estatua desdoblado la esquina

Y si así fuera, si éste fuera su sueño, la estatua soñaría consigo misma, condenada a no poder despertar, porque su propia vida es su sueño y al despertarse volvería simplemente a soñarse.

La imagen ha quedado encerrada en sí misma, devorándose, naufraga de su interioridad. Y quizá el terror con el que el poema hilvana

las imágenes sea éste: encontrarse de pronto encerrado en el espejo, descubrirse de pronto convertido en estatua.

* * *

El ojo es el extraño Minotauro de la imagen. Nada puede desprenderse tanto como los ojos. Son casi independientes. Son otros nosotros. Ellos fueron los que se nos quedaron allá, en esa otra parte, cuando la realidad pasó a ser imagen. Se desdobló de pronto de nosotros y se volvió un escenario. Los ojos se fueron entonces a habitarla. Nosotros ya no pudimos estar ahí con nuestros pies, con nuestros brazos, nuestros zapatos. Pero la recorrieron nuestros ojos, nuestros sueños, quizá también nuestros pensamientos. Los ojos son nuestro personaje en la escena, nos representan. Misteriosamente viven por nosotros en esa realidad que es otra.

Pero nosotros pareciera que nos hubiéramos olvidado detrás de nuestros ojos, que nos hubiéramos vuelto transparentes. Vivimos la realidad de la imagen como si fuese nuestra, nos sustituimos. Y es que si la realidad puede convertirse en imagen, también las imágenes pueden volverse realidad. Podemos vivir en una realidad imagen, una realidad en la que no existimos, en la que no actuamos. Esa realidad imagen es la de la experiencia de la enajenación en nuestro tiempo. El genio de Villaurrutia la convirtió en poesía. Hizo visible el artificio de lo invisible.

* * *

Se nos enfrenta al espanto, a cada paso nos asalta la vertiginosa presencia del espanto. Nuestro cuerpo grita y el cuerpo es grito y el grito es eco. El espanto nos arranca, nos deshace, nos desaparece. ¿Dónde es qué estamos? Amanecemos otros. ¿De aquí a dónde saltamos? ¿Qué nos pasó? El hielo es de vidrio y el grito de hielo.

Y en el juego angustioso de un espejo frente a otro
cae mi voz
y mi voz que madura
y mi voz quemadura
y mi bosque madura
y mi voz quema dura

La imagen puede sustituirnos. Quizá por ello la imagen es un instrumento del terror, es la máscara del espanto. Al espantarnos la imagen nos destituye. El espanto es la forma, junto con la fascinación que la imagen tiene de apropiarse de nosotros. Es su golpe, es su cuchillo, es su asalto para quitarnos la realidad... Y ya no somos nosotros, somos la voz, una voz imantada, hipnótica, idéntica a sí misma y misteriosamente viva que nos mastica. Estamos adentro de la voz, seguimos sus mutaciones herméticas: somos voz, somos bosque, somos “voz quemadura”, somos “voz quema dura”. Ya no somos nosotros, somos la imagen, sus metamorfosis, sus saltos de una a otra identidad, su caminata de sueño, su acontecer inasible.

Es con la muerte con lo que la imagen nos espanta. Nos amenaza con la muerte y nos obliga a aferrarnos a ella, a la imagen, a su precaria existencia. Adentro de la imagen se vive muy frágilmente, pero afuera de la imagen hay un inmenso abismo. Esta amenaza rodea y sustenta a la imagen, le da su razón de existencia, de tal manera que ya no podemos salirnos de su oblea.

El espanto constituye en la poesía de Villaurrutia la dinámica del poema. El espanto se vuelve una forma de vida. Se vive a la imagen en el espanto, en ese su ciego vértigo, en ese su centro vacío, cuerpo vacío, frenética huida. Es una vida que es muerte, es una extraña búsqueda, una resurrección en algo o en alguien que no somos, una vida en la imagen.

Con la imagen tenemos, finalmente, nuestra forma de relación más tangible, más inteligible quizá con la muerte. La imagen es nuestra metáfora de la muerte. Ella es el sueño, el sueño de engañar a la muerte.

Pero también es la muerte. Será que a la muerte sólo podemos soñarla. Soñarla para encontrarla, soñarla para evadirla, soñarla para vivirla. La imagen es nuestra ficción de la muerte: ante la muerte, pero también en contra de la muerte. Soñamos contra la muerte. Y la imagen es nuestra metamorfosis.

Podemos aferrarnos al sueño, podemos aferrarnos a la imagen, pero la imagen siempre nos traiciona. Es como si la imagen estuviera atravesada siempre por un gran vacío. La imagen no es nunca ella misma, y por momentos se escucha su enorme agujero.

En medio de un silencio desierto como la calle antes del crimen sin respirar siquiera para que nada turbe mi muerte en la tumba del lecho dejo mi estatua sin sangre para salir en un momento tan lento en un interminable descenso sin brazos que tender sin dedos para alcanzar la escala que cae de un piano invisible sin más que una mirada y una voz que no recuerdan haber salido de ojos y labios ¿qué son labios? ¿qué son miradas que son labios? y mi voz ya no es mía dentro del agua que no moja dentro del aire de vidrio dentro del fuego lívido que corta como el grito.

Pareciera que hubiese sido la estatua quien nos introdujo en este mundo sin respiración, en este mundo de soledad y de terror. Quizá del terror nos amanecemos estatua, llenos de la infinita soledad de la estatua. Ha habido un crimen mientras tanto. En alguna parte hubo un crimen que sentimos secreto. ¿Pero quién es el muerto? Quizá nosotros somos el muerto. Ya no se puede respirar dentro de tanto suspenso. Quisiéramos huir, a donde sea, por donde sea, huir por los distintos rostros de ese pasillo enloquecido que nos convierte en grito, luego en eco, luego en espejo, luego otra vez en estatua. O quisiéramos caer en el juego angustioso de un espejo frente a otro y ser voz, ser bosque y ser quemadura; ser sólo voz o mirada.

Todo es sofocante. La realidad ha dejado de existir afuera de la imagen. Entre un espejo y el otro hay un espacio sin respiración, “sin brazos que tender”, “sin dedos”, algo que no existe; como si la realidad hubiese sido acuchillada por los espejos, está muerta en la ima-

gen, es cadáver espejo. Se camina como por los escombros de un escenario de teatro. El agua no moja y el aire es de vidrio. No somos dueños de nada. Éste es el mundo hermético y ajeno de la estatua, un mundo no nuestro.

Arrebatada por los espejos y sometida a un tránsito de identidades, la estatua en Villaurrutia es siempre una mediadora. Es un viático, un punto de metamorfosis. Ella es el lugar de encuentro entre un mundo y el otro. Es la realidad que se deja y la imagen a la que se accede. La estatua somos nosotros adentro del poema, viviendo el poema, muriéndonos en nosotros. Somos nosotros petrificados sin sangre, petrificados de sueño. Es el cuerpo que dejamos en la tumba del lecho, pero también ese algo sin brazos y sin dedos, sin ojos y sin labios que baja por la escala de un piano invisible. La estatua somos nosotros adentro de la imagen convertidos en personaje, ensueño. Es nuestro personaje pero también nuestro cuerpo asesinado detrás del personaje, es la vida y la muerte juntas. Es la muerte del cuerpo pero también la imagen y su extraña vida. Es muerte y resurrección, esa resurrección del sueño, esa metamorfosis de la imagen.

La estatua es la mirada solitaria y la voz, nuestra forma de vivir siendo sólo mirada adentro de la imagen, hechos de sueño; es nuestra forma de vivir siendo sólo una voz, esa voz que cae en el juego angustioso de un espejo frente a otro, saltando de una a otra identidad, deshaciéndose. La realidad está rota, desgajada en imágenes. Y nosotros —descuartizados, desarticulados— nos hemos vuelto fantasmas:

aquí en el caracol de la oreja
el latido de un mar en el que no sé nada
en el que no se nada
porque he dejado pies y brazos en la orilla
siento caer fuera de mi la red de mis nervios

Ya no sabemos lo que somos. A veces sentimos que ya no existimos. Hemos perdido nuestros pies y nuestros brazos. Hasta se des-

prendió de nosotros la red de nuestros nervios. ¿Es el mar el fantasma o somos nosotros tras de su latido los fantasmas? Quizá es que nos metimos adentro de la imagen. Y allí no existimos. La imagen existe por nosotros, el mar se robó nuestro latido. Hemos desaparecido. Sólo somos una mirada o un sueño, algo en lo que vive la imagen. ¿Pero y nosotros? ¿Por qué dejamos de ser nosotros? ¿Dónde está nuestro cuerpo? ¿Y nuestra realidad? ¿Por qué estamos ausentes de nuestra realidad? ¿Por qué vivimos adentro de una imagen? ¿Por qué olvidamos nuestros pies y nuestras manos? ¿Por qué nos convertimos en estatua?